



Boletín Salesiano

Fin del mes
por el car



¿COMO ERA DOMINGO SAVIO?

Dios Nuestro Señor ha hecho un regalo de valor incalculable a la Familia Salesiana, y aun a la Iglesia Católica entera, al darle para su gloria y para el ejemplo de sus hijos, a Domingo Savio.

Salvando la debida proporción, podríamos decir que el Reverendísimo Don Fidel Giraudi nos ha hecho a todos los devotos del nuevo Beato un precioso regalo con el cuadro maravillosamente pintado al óleo, del cual nuestro BOLETIN ofrece una reproducción en la portada.

Don Fidel Giraudi, arquitecto, Ecónomo General de la Congregación Salesiana, es una autoridad indiscutible en cuestiones de arte. Basta recordar que él ha dirigido personalmente los trabajos de ampliación y embellecimiento de la gran Basílica de María Auxiliadora en Turín, la cual, concluida, pasará a ocupar uno de los primeros lugares entre los Santuarios de Italia, que es tanto como decir del mundo entero.

El Reverendísimo Don Fidel Giraudi ha sabido aprovechar la valiosa cooperación de dos figuras cumbres: el pintor Cáfaro-Rore y el investigador Padre Caviglia, Salesiano, profundísimo conocedor de la vida y del espíritu de Don Bosco y autor del más acabado estudio sobre el nuevo Beato Domingo Savio.

Sabido es que de Domingo Savio no se conserva, al revés de lo que sucede con San Juan Bosco, ninguna fotografía. El documento gráfico más antiguo que poseemos y se conoce es la biografía escrita por su maestro Don Bosco, editada tres años después de la muerte del Beato.

Para la cubierta de esta biografía el Santo hizo dibujar a Carlos Tomatis la figura que reproducimos en esta página. Carlos Tomatis era un condiscípulo de Domingo Savio, y cuando ejecutó el dibujo adjunto era alumno del cuarto año en la Academia de Turín. El dibujo, como tal, no es ninguna obra de arte, ni puede decirse que sea un buen dibujo. Sin embargo, podemos afirmar que el autor imitó lo más que pudo a su compañero, a quien conocía bien y podía recordar mejor tomando por modelo a algún hermanito de Domingo; que el dibujo responde en todo a la época en que vivió el Beato; que San Juan Bosco lo dió por bueno y durante muchos años, hasta bastantes más allá de su muerte, fué considerado como el auténtico retrato de Domingo.

Más tarde, con el más nobilísimo de los fines, se hicieron nuevas figuras, modernizándolas y pretendiendo adaptarlas a los tiempos, no modernos, sino actuales del autor. Pero esas figuras son puras invenciones y sólo conservan del original la posición.

Era necesario volver por los fueros de la verdad histórica. El Padre Caviglia y el pintor Cáfaro-Rore se pusieron de acuerdo: estudiaron a conciencia el dibujo de Tomatis, bucearon en los testimonios del proceso y se empararon bien de los escritos contemporáneos del Beato, especialmente de la biografía escrita por Don Bosco; y al fin, el artista, con la plena aquiescencia de su asesor, nos dió el año 1942 este bellísimo óleo, que es la admiración de cuantos lo contemplan ya en el original, ya en las cuidadas reproducciones que se vienen haciendo.

EL BOLETIN SALESIANO, órgano de los Cooperadores y portavoz del Rector Mayor de la Congregación Salesiana, recomienda a todos sus lectores la difusión de tan hermosa imagen, en cuyos rasgos se han materializado, en lo humanamente posible, las virtudes y el espíritu del «pequeño gigante de la santidad», como llamó a Domingo Savio el inmortal Pontífice Pío XI.

SUMARIO: Cómo era Domingo Savio. Ha sonado la hora de Dios. Los caminos de Dios no son los caminos de los hombres. El hijo del herrero. El secreto de una pedagogía genial. La flor de la caridad. Recordando un diálogo histórico. Gracias atribuidas a la intercesión de Domingo Savio. El jardín salesiano. Brevisima biografía del nuevo Beato.

BOLETIN SALESIANO

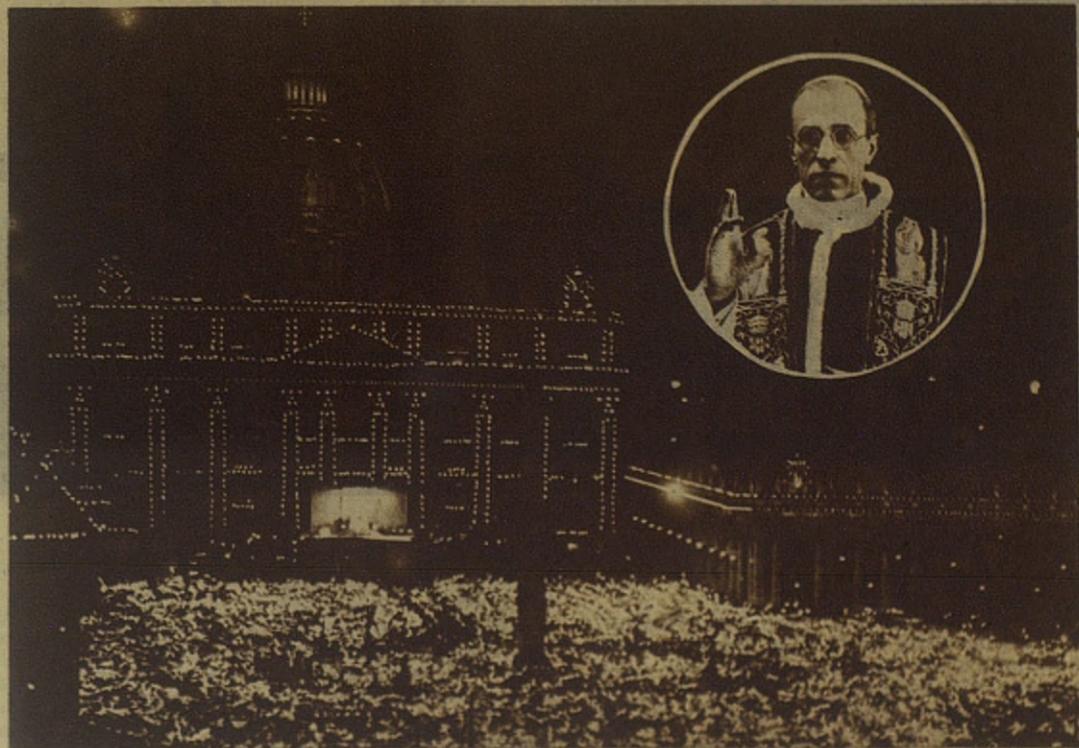
ORGANO DE LAS OBRAS DE D. BOSCO

Redacción y Administración: Alcalá, 164, Madrid

AÑO LXIII
ABRIL 1950
Número 4

Dedicado al
Beato DOMINGO SAVIO

HA SONADO LA HORA DE DIOS



El día 5 de marzo del Año Santo 1950, a las diez de la mañana, bajo las bóvedas del mayor y más venerable templo de la Cristiandad, San Pedro del Vaticano, a la presencia de los Emms. Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, esto es, Micara, Masella, Piazza, Verde y Canali; presentes también un gran número de Arzobispos y Obispos, entre otros los Salesianos Excmos. y Revmos. Monseñor Marcelino Olaechea, Arzobispo de Valencia; Monseñor Guerra, Arzobispo Titular de Verissa; Monseñor Alvarez, Obispo de Ayacucho, en representación del Gobierno peruano; Monseñor Emanuel, Obispo de Castellammare; Monseñor Lucato, Obispo de Isernia y Venafre; Monseñor Emilio Sosa Gaona, Obispo de Concepción, y Monseñor Rotolo, Prelado de Altamura; asistiendo el Rvmo. Rector Mayor de la Congregación Salesiana, don Pedro Ricaldone, con su Capítulo; la Rvma. Madre Superiora del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y su Consejo, y una inmensa muchedumbre de peregrinos acudidos de todas las partes del mundo, con la venia de S. Emma, el Cardenal Tedeschi, Cardenal Arcipreste de la Basílica, se dió lectura al Breve, en el cual la Santidad de nuestro Padre el Papa Pío XII, felizmente reinante, eleva al Venerable DOMINGO SAVIO, alumno del Oratorio de San Juan Bosco, al honor de los altares y le inscribe en el catálogo de los Beatos. ¡Gloria a Dios!



Vista general del pueblecito de Mondonjo, junto a Castelnovo de Asti, hoy Castelnovo Don Bosco

Municipio de Riva de Chieri



LOS CAMINOS DE DIOS NO SON LOS CAMINOS DE LOS HOMBRES

CHIERI, Murialdo, Mondonjo... Son todos nombres conocidos, familiares para nuestros lectores.

Ese bello rincón del Piemonte (Italia), cuna del Patriarca de la gran Familia Salesiana, viene a ser para nuestro corazón, para el corazón del Salesiano, del Antiguo Alumno, del Cooperador, algo así como la tierra de Asís para la Familia Franciscana, y aun podríamos decir como la tierra sagrada de Jesús para el católico.

En una de aquellas verdes colinitas, en la ya mundialmente conocida y célebre colinita de «I Becchi», nació San Juan Bosco.

Y allí cerquita, muy cerca, en aquella misma vieja tierra cristiana, de sanas costumbres, de virtudes patriarcales y de humildad campesina, nació la más fúlgida gloria de Don Bosco, educador: DOMINGO SAVIO.

Domingo vino al mundo en una pobre casita de tipo lugareño, en el pueblo de Riva de Chieri. Eran las nueve de la mañana del día 2 de abril de 1842.

El acontecimiento no llamó la atención ni siquiera del vecindario. Se trataba de una familia poco menos que forastera en el pue-

blo: los padres, Carlos Savio y Brígida Gaito, llevaban escasamente dos años viviendo en Riva.

Allá habían ido los pobres en busca de trabajo. Carlos era herrero de oficio.

Cien veces habría pasado años atrás por las calles de Riva un jovencuelo cargado con un saco de cereales, obtenidos mendigando de puerta en puerta, y sus libros de estudiante... caminito de Chieri, la villa más importante de la comarca. Y tampoco nadie reparó nunca en ese muchacho que un día sería aclamado por las multitudes en todo el mundo y venerado como uno de los Santos más grandes de la Iglesia: San Juan Bosco.

¡Qué consolador es para los amigos de Dios la sencilla naturalidad con que el Señor se burla del necio orgullo y de la vanidad de los hombres mundanos!

Al año de nacer Domingo, la familia Savio regresó a su pueblecito de origen, Mondonjo de Asti. Y poco después fué a fijar su morada en la aldehuela de Murialdo, a veinte minutos de la colina donde aun hoy se levanta la casita donde nació Don Bosco.

¡Cuán amorosa es la Providencia del Se-

fior para con aquéllos que en ella confían ciegamente! El herrero Savio se ve precisado a peregrinar de pueblo en pueblo en busca de trabajo. A más de un obrero hemos oído maldecir su triste sino con menos causa. Carlos lucha y espera. Y Dios le lleva a donde un buen día habrá de encontrarse con Don Bosco, el cual le tomará bajo su protección a Dominguito, se lo llevará a Turín y lo encaminará por la senda de la santidad.

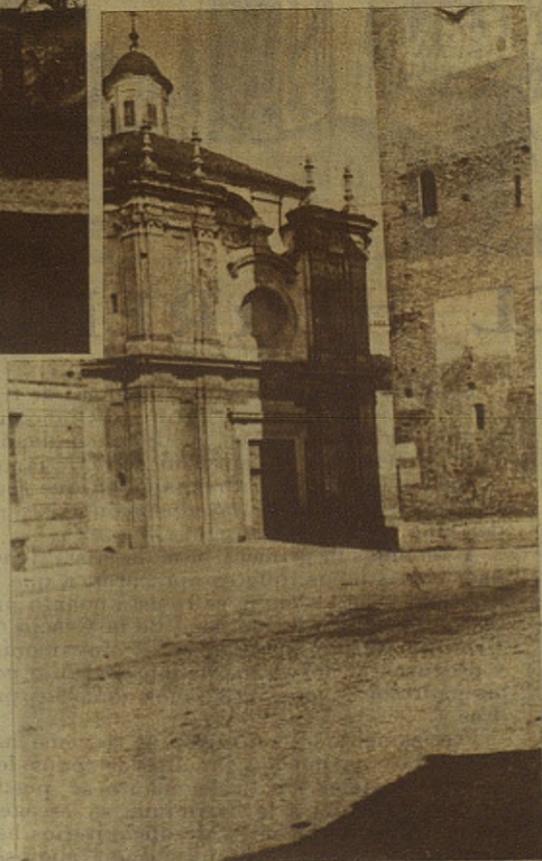
Por aquellos caminos de herradura buscaba Carlos Savio paciente y resignadamente el sustento de los suyos. Y Dios le llevaba camino de una gloria en la que ni soñar podía. Desde el Cielo contemplará ahora las inmensas multitudes que fervorosamente marchan sobre sus huellas de un tiempo, de Riva a Mondonio, de Mondonio a Murialdo... con el



Tumba del cementerio de Mondonio, donde primero descansaron los restos mortales del Beato

nombre de su hijito Domingo en los labios y en el corazón.

Los descendientes de aquel vecindario, que el año 1842 no advirtieron apenas el vulgar acontecimiento de la venida al mundo de un niño forastero, verán con pasmo invadidas sus calles por peregrinos del mundo entero que vienen a celebrar el nunca visto suceso de la exaltación a los altares de un niño de quince años.



Parroquia de Riva di Chieri

Casa de Murialdo, donde el Beato vivió durante ocho años



Dominguito sale al encuentro de su padre cuando éste vuelve del trabajo



EL HIJO DEL HERRERO

BIENAVENTURADOS los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Esta afirmación es de Jesucristo.

Y esto significa; la santidad puede darse, y se da en efecto, en todas las clases sociales y en todas las edades, y en todos los climas, y en todos los tiempos. La santidad se da donde hay verdadera pobreza de espíritu basada en el amor de Dios.

Ampararse en la pobreza económica, ampararse en el agobio de trabajo, ampararse en las ocupaciones y preocupaciones del propio estado para desertar del campo de la santidad, es buscar muy fútiles pretextos para eludir una obligación a todos impuesta por el Evangelio: ser santos como es santo nuestro Padre que está en los Cielos.

Digamos con franqueza que se desea en los asuntos del espíritu lo que en los negocios materiales sería considerado como signo innegable de necedad o de locura: pretender los fines sin poner los medios.

Carlos Savio era un herrero. A las nueve de la mañana le nace un hijo, y a las cinco de la tarde del mismo día lo lleva a la iglesia parroquial para hacerlo hijo de Dios, para bautizarlo.

¿Padrinos? Un modesto compañero de trabajo, el carpintero Juan Bautista Gianoglio y una parienta de muy modesta condición. Pero ambos, eso sí, muy buenos cristianos, porque si faltan los padres, alguien que sepa y pueda responda de la educación cristiana del niño.

Y tenemos la primera base de la santidad: padres cristianos, que se apresuran a que el hijo que Dios les envía se revista cuanto antes por medio del Bautismo de la Gracia de Dios que a ellos los unió en el Matrimonio, y aseguran el porvenir cristiano del hijo por los padrinos, buenos cristianos como los padres.

Precisamente lo contrario que se viene haciendo hoy en muchas familias de todos los sectores sociales. Se tarda cuanto se puede en llevar el niño a la parroquia, se escogen los padrinos según mil variados criterios haciendo caso omiso de su instrucción religiosa, de su vida moral y de su conducta cristiana, y se envenena la bendición de Dios con fiestas que dejan tamañitos a los paganos de Roma o a los habitantes de la selva, según los casos.

Carlos Savio era un hombre sencillo y honrado a carta cabal, trabajador, morige-

rado, paciente, religioso. No entendía de altas cuestiones sociales ni políticas. Es posible que supiera menos de sus derechos que cualquier peón analfabeto de nuestros días. Pero entendía y conocía sus deberes (el primer derecho de todo hombre); entendía su oficio y lo amaba. No se le ocurrió, por de pronto, lanzarse con la familia o sin ella, al suburbio de la vecina capital del reino, Turin, y dedicarse allí a trabajos que dejen horas más libres para la vagancia y el vicio.

La preocupación de Carlos Savio se volcaba por entero en la familia. Su ideal lo cifraba en hacer de sus hijos hombres cristianos; las mejores satisfacciones, en hallarse en medio de los suyos.

Y Dios le correspondía con la «añadidura» prometida a los que buscan primeramente el Reino de Dios y su justicia. Cuando por las noches el buen herrero regresaba fatigado de la dura labor de la jornada, Dominguito le salía al encuentro, se le colgaba del cuello, cubría su bronceado rostro de besos y caricias mientras le decía con afecto: —¿Estás muy cansado, papá? ¡Qué lástima que yo no pueda ayudarte! Sólo sirvo para dar qué hacer. Pero yo le pediré a Dios que te dé fuerzas y a mí me haga bueno.

Al pobre trabajador de Muriáldo debían de saberle a mieles y sonarle a gloria estas caricias y estas frases de su niño.

Buscaba el Reino de Dios. Y lo buscaba

rectamente, sin miras materiales y egoístas. Oyó hablar de Don Bosco y supo que Don Bosco tenía en su Oratorio en Turin un vergel de lirios, y soñó en que Domingo fuera una azucena más de aquel vergel. Tomó al niño de la mano y se lo llevó al Santo.

Junto al herrero, completando y perfeccionando su labor de padre, se hallaba Brígida, la madre de Domingo, madre cristiana cien por cien, digna compañera del honrado Carlos Savio.

Fué ella la que, poquito a poco, con esa pedagogía que las madres saben por naturaleza y que las madres cristianas elevan por la Gracia, fué sembrando en el tierno corazón de Domingo los gérmenes de unas virtudes que un día la Iglesia habría de declarar heroicas.

Tomen ejemplo todas las familias cristianas de este belisimo modelo que el Señor, en estos tiempos tan tristes en los que el infierno se afana como nunca para abatir el fundamento de la sociedad, esto es la familia, pone ante nuestros ojos con una sencillez tal de líneas que su imitación resulta facilísima para todos.

Una familia cristiana: Dominguito ha aprendido de sus padres a rezar antes de sentarse a la mesa. De ahí su gesto de extrañeza ante el forastero, que no se ha acordado de Dios, que nos envía el alimento



EL SECRETO DE UNA PEDAGOGIA GENIAL

EL artículo anterior se ha escrito pensando, principalmente, en los padres de familia. Recordamos algo que sirva de meditación para quienes tienen la misión nobilísima de suplir o completar la labor de los padres: los educadores.

El éxito en la educación no depende, esencialmente, de los medios humanos que en ella se empleen. No depende, pues, de la belleza del edificio, ni de la organización técnica de los servicios, ni aun de los recursos pedagógicos disponibles. Todo esto contribuirá, bien empleado, a la perfección de la obra educativa; pero no constituye un elemento imprescindible para la misma.

¿Cuál es, entonces, el factor más importante, el factor esencial? Oigamos una voz autorizada: «Con medios mínimos, con personal inexperto y en plan de prueba, obtuvo Don Bosco resultados inesperados.» (Don Pedro Ricaldone, en «Oratorio Festivo», cap. XX.)

El resultado más inesperado (inesperado, claro está, para quienes fían sólo en los medios humanos), el resultado más inesperado de la Pedagogía de Don Bosco es DOMINGO SAVIO, que floreció precisamente cuando el Oratorio de Valdocco se hallaba luchando con aquella su penuria de medios y de personal a que se refiere el IV Sucesor del Santo.

El dificio, modestísimo, y levantado a fuerza de sacrificios y de pequeñas y humildísimas limosnas, no podía, ni aun de lejos, comprarse con esas moles fastuosas a que nos tiene acostumbrados la construcción del novecientos.

Se vivía allí con alegría; pero esta alegría radicaba, no en las costosas diversiones de ciertos centros modernos (cines, deportes apasionantes, excursiones dispendiosas, actos espectaculares...), sino en juegos serenos, higiénicos y verdaderamente infantiles: en representa-



El venerando don Francesco, contemporáneo y maestro (a los dieciocho años) de Domingo Savio, conservado por Dios hasta edad muy avanzada

Iglesia de San Francisco de Sales, en el Oratorio de Valdocco



ciones morales y aleccionadoras, en jiras campestres, hechas a pie, y a modo de peregrinación...

De Don Bosco se ha dicho que quería ir a la vanguardia del progreso siempre... ¡Siempre, claro está, que el progreso no se desboque y se lance al precipicio de un materialismo pagano y destructor de los verdaderos y auténticos valores del espíritu! Verdad es que esto ya no sería progreso.

* * *

Don Bosco, al morir, dejó bien afianzada su Congregación sobre hombres de talla gigante: Don Rúa, Don Francesia, el Cardenal Cagliero...

Pero cuando Domingo Savio entro en el Oratorio de Valdocco, Don Rúa contaba tan sólo diecisiete años; dieciséis tendría Don Juan Francesia, que habría de ser a poco uno de los «maestros» de Domingo, y el futuro primer Cardenal salesiano andaba también por los dieciséis. Estos, con otros no mucho más granados, eran los elementos de que se valía Don Bosco para gobernar aquella su familia de internos, externos, estudiantes y artesanos, domingueros y seminaristas...

Y, sin embargo, allí había «émulos de San Luis», como afirma el mismo Don Bosco y lo confirma hoy la Beatificación de Domingo Savio.

¿Dónde estriba el secreto del éxito en la obra educativa? En la gracia de Dios, que viene a potenciar la vocación profesional del educador, su espíritu de fe, su abnegación, su constancia a toda prueba, sus dotes naturales y su habilidad, adquirida mediante el estudio y la

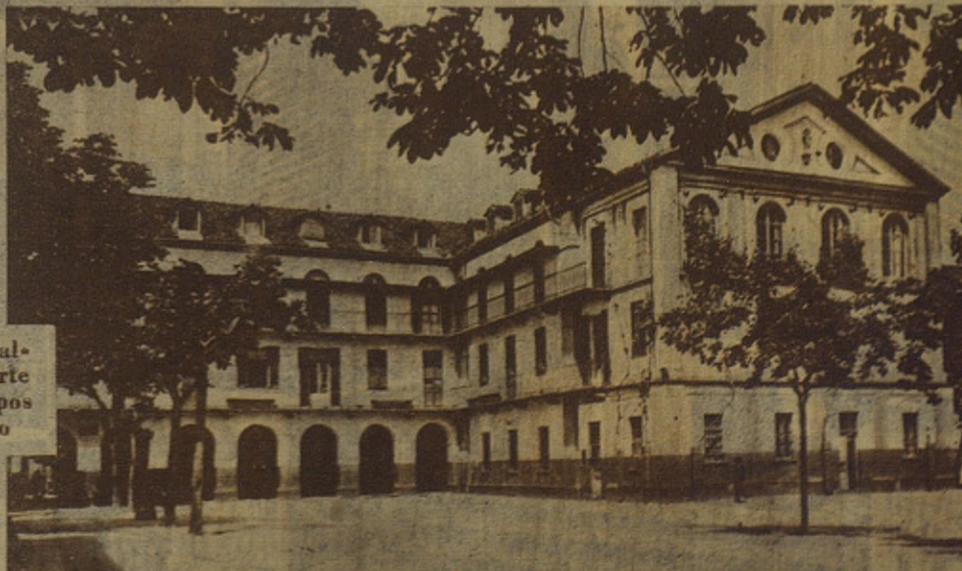


«Mamá» Margarita, la madre de Don Bosco, la cual influyó no poco en la formación del alma santa de Domingo Savio

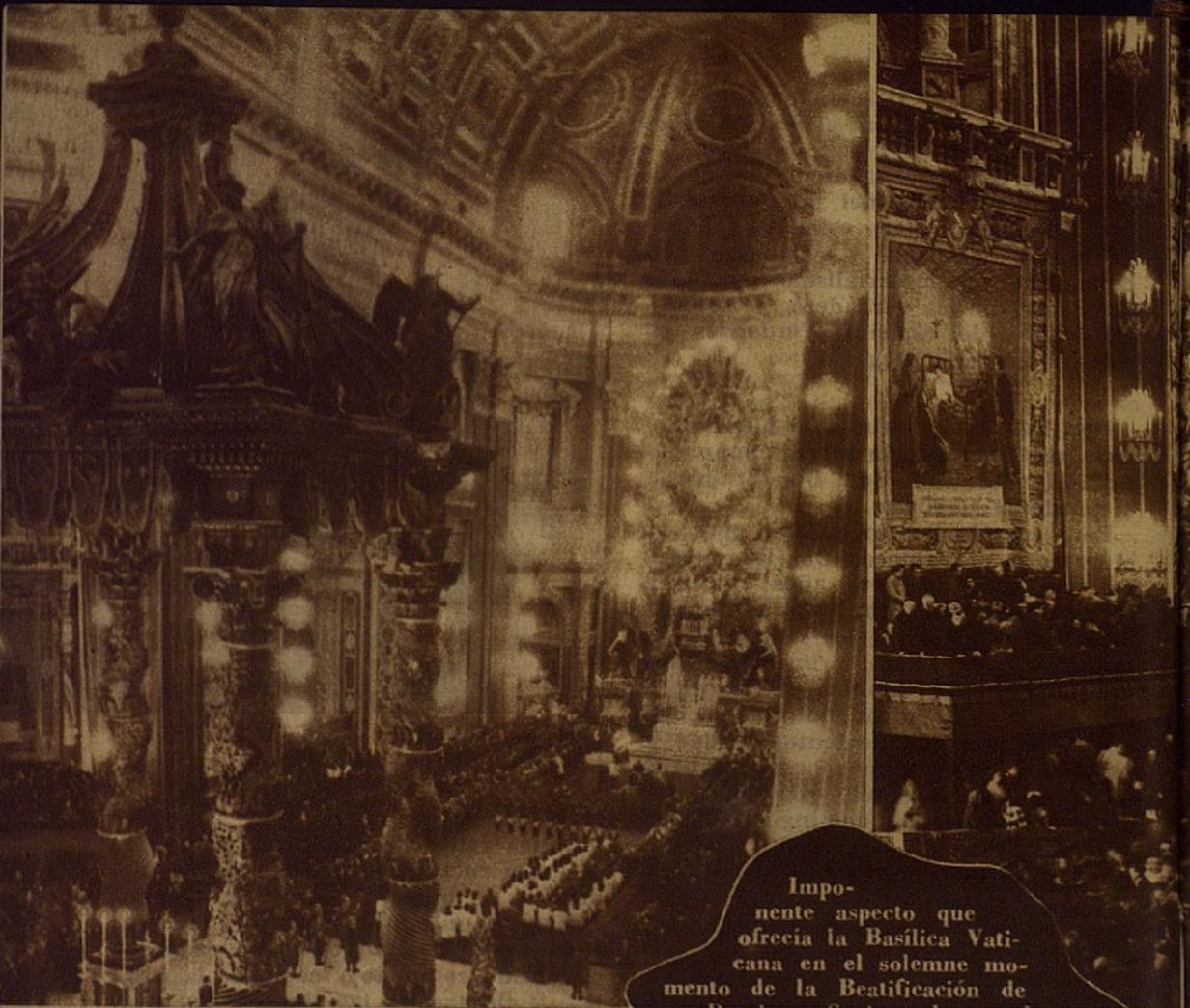
práctica reflexiva, que se acrisolan con la experiencia y el consejo de los demás, hasta llegar a formar un sistema.

«Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo...» Dadnos un educador, en el sentido completo y cabal de la palabra, y elevaremos las almas a las alturas de la santidad más excelsa.

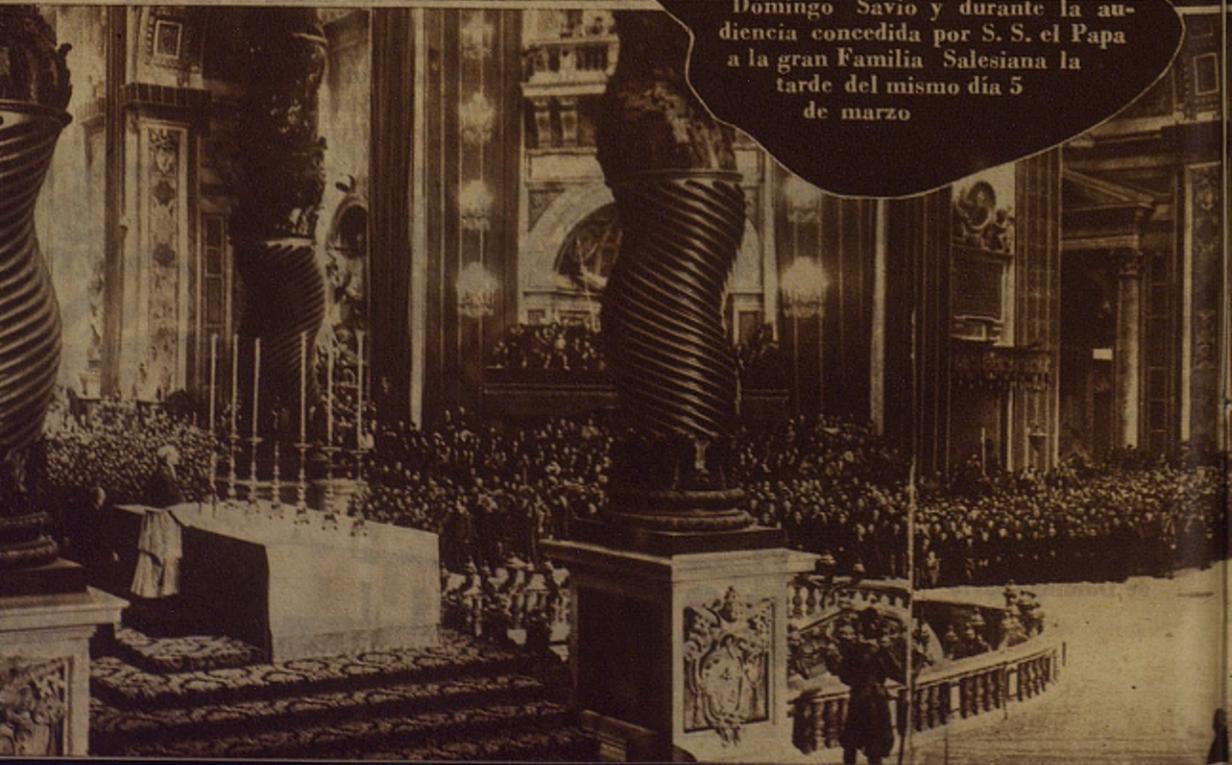
Domingo Savio es la gloria más fulgida de Don Bosco como educador, y la confirmación de su Sistema, el ya famoso «Sistema Preventivo».

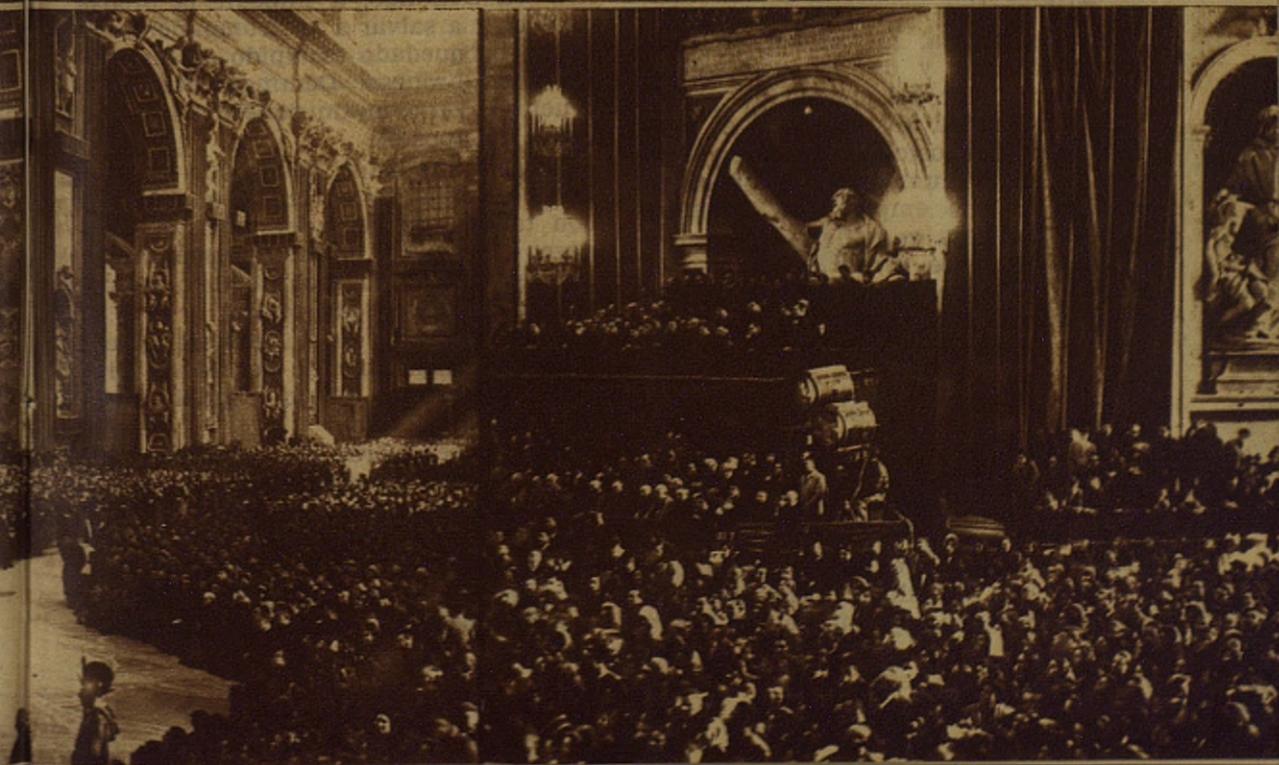
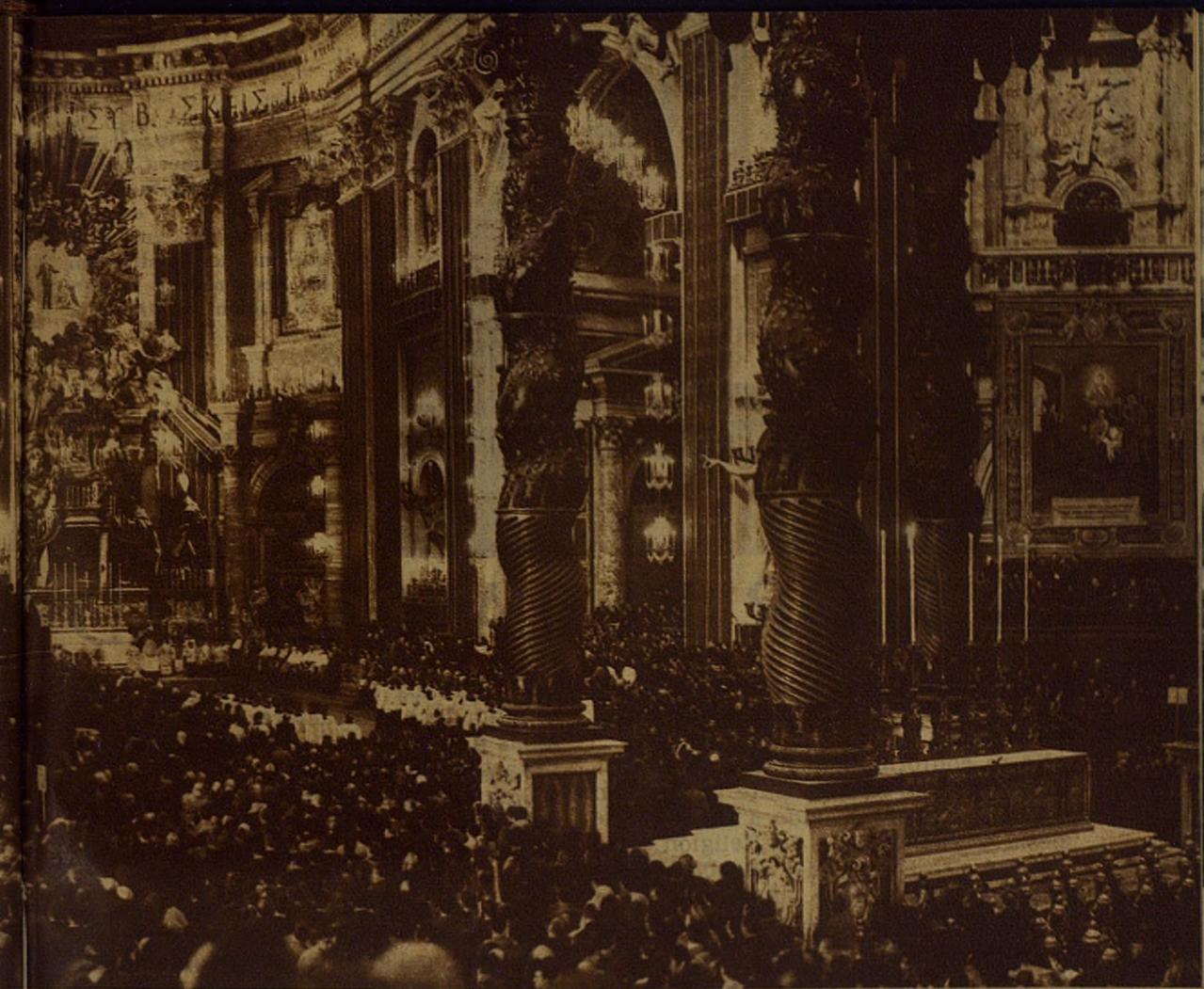


El Oratorio de Valdocco (Turín). Parte existente en tiempos de Domingo Savio



Imponente aspecto que ofrecía la Basílica Vaticana en el solemne momento de la Beatificación de Domingo Savio y durante la audiencia concedida por S. S. el Papa a la gran Familia Salesiana la tarde del mismo día 5 de marzo





DA MIHI ANIMAS
CAETERA TOLLE

Domingo Savio, al entrar por primera vez en la humilde habitación de Don Bosco, se entrega en manos del Santo para que encauce su alma por los senderos de la perfección cristiana

LA FLOR DE LA CARIDAD

DON Bosco puso a Domingo Savio sobre la senda segura y firme de la santidad.

No se conformó con hacer de su discípulo un niño simplemente bueno, con piedad sentimental, dado a las cosas de iglesia y aficionado a la Religión... No le bastó preservarle del pecado y conservar su alma pura, inocente... Hizo mucho más: prendió en el alma del niño la llama de la caridad más crisolada, esto es, el amor de Dios por el mismo Dios.

Es esta planta, la caridad, la única que puede dar y da, invariablemente, una flor: la flor del apostolado.

La flor tendrá sus matices: el modo de ejercer el apostolado de Santa Teresita es, en lo humano, diametralmente opuesto al que empleó San Francisco Javier. Una cosa es evidente: que el alma que no siente, vive y ejerce el apostolado en alguna de sus formas no puede llamarse alma santa, ni aun quizá alma cristiana.

...

Domingo dijo a Don Bosco: «Quiero hacerme santo. ¡Ayúdeme!»

Don Bosco le ayudó. «El mejor medio —le dice— es empeñarte en llevar las almas a Dios.» La existencia misma del Oratorio era el fruto actualizado en cada momento de la santidad de Bosco,

que estallaba de continuo en un grito, estampado en caracteres cubitales por aulas y galerías: «Dame almas, Señor, y lleva todo lo demás».

Domingo se lanzó con ardor a la conquista de las almas. Ha decidido hacerse santo, y quiere una santidad no abstracta, sino concreta y operativa.

Dos compañeros tratan de batirse brutalmente a pedradas. Peligran sus cuerpos, pero peligran más aún sus almas. Allá va Domingo, a impedir la ofensa de Dios y a salvar a sus compañeros. El hecho ha quedado esculpido en mármoles y en bronces: Domingo levanta el crucifijo como un misionero auténtico, como un apóstol.

Llega a sus oídos, yendo por la calle, una blasfemia. Se acerca al blasfemo, y con táctica de verdadero apóstol «moderno» le hace prometer espontáneamente: «Es éste un maldito vicio, y quiero corregirme a toda costa.»

Aquí se trataba de un hombre ya entrado en años, vencido por la de Dios, de la que era un reflejo la gracia angelical de aquel niño.

Otras veces fueron los muchachos díscolos y pendencieros de la calle los que cayeron arrepentidos a los pies de Jesús Sacramentado, por haber pronunciado con irreverencia el nombre del Señor.

La forma con que Domingo ejercía su apostolado conquistaba los espíritus.

Nada de lenguaje violento o de gesto de indignación, sino bondad, dulzura, gracejo..., en una palabra: caridad que penetra en las almas más empedernidas.

El apóstol se vale de cuantos medios lícitos están a su alcance para conseguir el nobilísimo fin de salvar las almas. Educado en la escuela de Don Bosco, Domingo aprovechaba los juegos y diversiones para ganarse a sus compañeros. Una vez ganados, los apartaba fácilmente del mal o los llevaba a ejecutar mayores y más frecuentes actos de virtud.

«Si no amáis más que a vuestros amigos y parientes, ¿en qué os diferenciáis de los paganos?» Así amestraba Jesús a los que debían ser sus Apóstoles por antonomasia.

A veces podría, quizá, preguntar el Redentor a ciertas almas que se agrupan bajo alguna bandera con fines apostólicos: «Si sólo os preocupáis de vuestros amigos, de la «peñita» de vuestros íntimos, de ese grupo con el que compartís de continuo gustos y quehaceres, ¿qué hacéis que os distinga de una agrupación cualquiera, deportiva o literaria, por ejemplo?»

El apostolado de Domingo no era apostolado de invernadero espiritual. Tampoco tomó el apostolado como placido entretenimiento. Domingo tomó sobre sí la labor dura y abnegada de «cazar» a sus compañeros más difíciles, de ser apóstol de los muchachos en quienes los demás menos reparan.

Niño que entraba en el Oratorio de Valdocco podía contar desde el primer momento con un amigo, con un compañero, con un defensor. Veía a un muchacho recién ingresado en el Oratorio, lo contemplaba triste, melancólico, desorientado. Se le acercaba, le hablaba con cariño, como un hermano; le ponía al corriente de las costumbres y reglas en uso y le rodeaba de compañeros buenos y afables.

Aquel muchacho venía rápidamente la crisis de la novedad y se enrolaba entre los mejores.

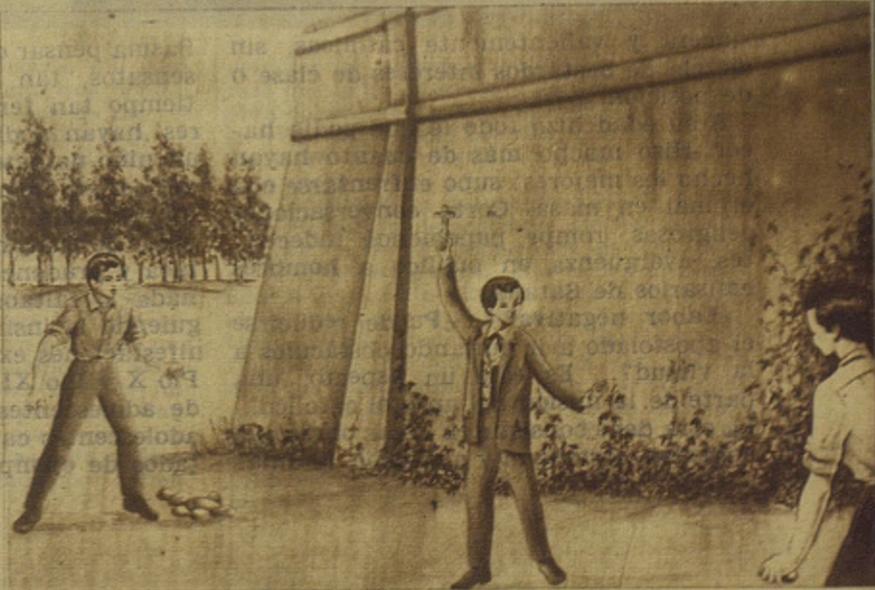
El Cielo premió manifiestamente este comportamiento de Domingo. Algunos de los muchachos conquistados por su celo apostólico llegaron a ser sus más íntimos amigos; amigos que le sirvieron maravillosamente para conseguir el ideal de su vida: ser santo.

Domingo Savio, por su edad y porque en el Oratorio de Don Bosco estaba absolutamente prohibido discutir de política, jamás se entrometió en asuntos y polémicas que con ésta se rozaran.

Y, sin embargo, Don Bosco no quería que sus Antiguos Alumnos fueran elementos estúpidamente neutros en la dinámica de la vida social del mundo, de la Humanidad, de la patria. Los educaba para la lucha social cristiana, en defensa de los sagrados intereses de la Iglesia, que son, al fin y a la postre, los derechos de Dios y los derechos del hombre.

En el número anterior del BOLETIN

Domingo Savio, con valentía sin igual, impide una peligrosa riña entre dos compañeros que trataban de pelearse bárbaramente a pedradas



SALESIANO recordábamos cómo Don Bosco, mientras se negaba rotundamente a tomar parte en las algaradas políticas que a diario tenían lugar en Turín ahora hace el siglo, enviaba a sus muchachos, los más crecidos y robustos, a defender con su presencia, y si hubiera sido preciso con sus brazos, al Arzobispo de Turín contra los atentados de una chusma borreguilmente dócil a las incitaciones de la secta, enemigas juradas de la sociedad y de la convivencia pacífica entre los hombres.

Domingo, de no haber muerto en edad tan prematura, habría, quizá, un día capitaneado organizaciones limpia,

mica de los espíritus. Domingo Savio, si otras no le nimbaran, pasaría a la posteridad con la gloria de haber fundado la Compañía Piadosa o Congregación de la Inmaculada.

De esta Compañía, y de las otras fundadas posteriormente, y según su patrón (Compañías del Santísimo Sacramento, San José, San Luis, etc.), ha afirmado el IV Sucesor de San Juan Bosco que son clave de la moralidad y de la buena marcha de los Colegios Salesianos. Domingo Savio escribió el Reglamento, que Don Bosco aprobó «con ligeros retoques», y hoy sigue aún dando cauce a las actividades de la Compañía.



Domingo Savio, con santa audacia, rompe unos impresos indecorosos que corrian de mano en mano entre sus compañeros y les afea, sin sombra de respeto humano, su mal comportamiento

sincera y valientemente católicas, sin mezcla de bastardos intereses de clase o de posición.

A su edad hizo todo lo que podía hacer. Hizo mucho más de cuanto hayan hecho los mejores: supo enfrentarse con el mal en masa. Corta conversaciones peligrosas, rompe papeluchos indecentes, avergüenza en público a hombres emisarios de Satanás...

¿Labor negativa?... ¿Puede reducirse el apostolado a ir quitando obstáculos a la virtud?... Es éste un aspecto, una parte de la misión del apóstol católico... La otra debe consistir en crear obras que engloben, sostengan y encaucen la diná-

Pasma pensar que aquellos artículos, tan sensatos, tan prudentes y al mismo tiempo tan fervorosos y tan batalladores, hayan podido salir de la pluma de un niño de catorce años. Y, sin embargo, así es. Domingo Savio era un apóstol, en todo el sentido de la palabra: amor de Dios, humildad y sacrificio, técnica y prudencia, sagacidad y criterio... nada le faltaba para que nosotros, siguiendo la insinuación y hasta las manifestaciones explícitas de los Pontífices Pío X y Pío XI, le consideremos modelo de adolescentes católicos, en lo que los adolescentes católicos están más necesitados de ejemplo: en el apostolado.

RECORDANDO UN DIALOGO HISTORICO

EL día 20 de julio de 1914 hallábame yo en presencia de S. S. Pío X, en su mismo gabinete de trabajo donde tuvo la bondad de recibirme, acogiéndome con sonrisa paterna y reteniéndome a su lado por espacio de una hora, en inolvidable conversación que confió en seguida al papel, en cuanto llegué a mi casa.

Al verme allí en presencia del augusto Anciano recordé en el acto que once años antes, aquel mismo día y en la misma estancia en que nos hallábamos, había expirado serenamente, en medio de la ansiedad y desolación del mundo católico, su gran antecesor León XIII.

Pero estaba lejos de sospechar que un

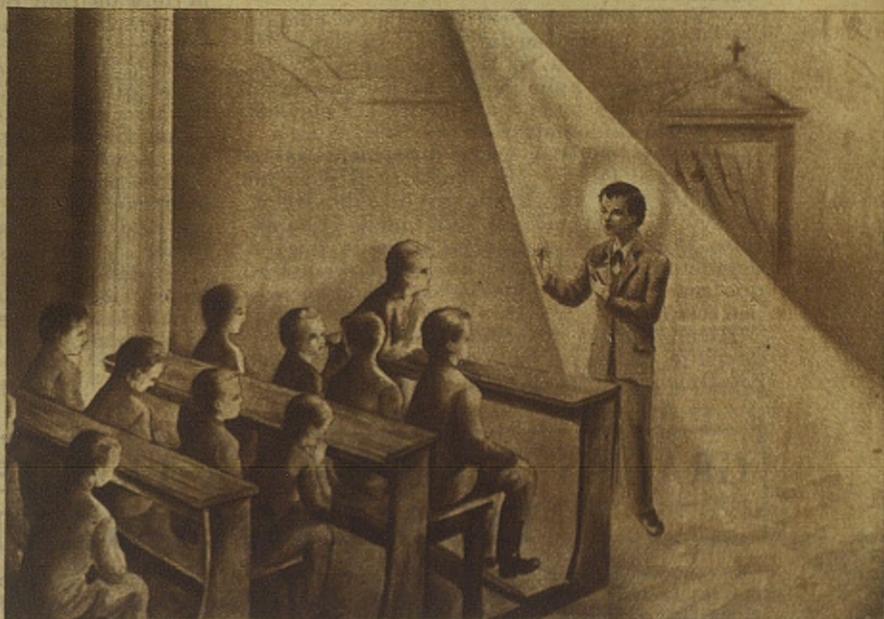
—Sé—me dijo— que os ocupáis con mucho celo de los Siervos de Dios cuyas causas de santidad defendéis ante la Sagrada Congregación de Ritos. Procurad elegir bien a vuestros clientes.

—Sí, Padre Santo—dije yo— y por cierto que los tengo muy buenos. Y nos entretuvimos hablando de algunos de ellos.

Mi pensamiento voló en seguida a Don Bosco y no pude menos de exteriorizar toda la veneración que siento por este hombre a quien admiro, desde niño, considerándole como el Apóstol más grande y benemérito del siglo XIX.

Manifestábale yo al Padre Santo que al

La labor apostólica de Domingo Savio no se reduce a evitar el pecado: busca la santificación de las almas con todos los medios a su alcance, entre otros, dar clase de Catecismo a los niños más atrasados



mes más tarde debía producirse allí otra muerte; que aquel mismo Papa que bondadosamente me recibía, y a pesar de sus setenta y nueve años estaba aun tan vigoroso, fallecería a su vez, casi de un modo trágico, cual víctima propiciatoria inmolada sobre el altar sangrante y profanado por una guerra devastadora, que ha sido la más cruenta y gigantesca que han conocido los siglos.

Pío X, limpio de toda preocupación y sin que las negras nubes anunciadoras de la inminente catástrofe turbaran la bella serenidad de su espíritu, sostuvo conmigo una conversación tan agradable, habló con tanta lucidez de pensamiento y exactitud de juicio, fué tal su vivacidad, salpicada de conceptos ocurrentes y agudos, que yo no olvidaré nunca aquella escena y aquella audiencia, una de las últimas otorgadas por el bondadoso Pontífice.

estudiar el voluminoso Proceso de Turín más que la grandeza y la exterioridad de su obra colosal, me había impresionado aquella su vida interior del espíritu, que fué la que engendró y alimentó todo su prodigioso apostolado.

Y mientras íbamos ponderando la fuerza de penetración demostrada por los Salesianos, ya de hecho establecidos en casi todos los puntos de la tierra, aun en los más difíciles e inhóspitos—fuerza que sólo puede explicarse, según argumentaba el propio Pontífice, relacionándola con la santidad del fundador—, mirándome Pío X con una de aquellas sonrisas paternales con que abría las puertas de su alma dulce y buena, me sorprendió con estas palabras: «Y a Don Rúa, ¿dónde lo dejáis? En él me parece encontrar todo aquel conjunto de virtudes sólidas e íntimas que distinguen a los Santos. ¿Qué

esperan los Salesianos? ¿Por qué no promueven su Causa de Beatificación? He aquí otro grande y humilde Siervo de Dios, del cual la Iglesia habrá de ocuparse; estoy seguro de ello.

Y siguió hablando con mucho calor de Don Bosco, mostrando que sentía hacia él una veneración grande y sincera.

Alentado yo al escuchar semejantes apreciaciones salidas de labios tan autorizados, me atreví a preguntarle qué es lo que él pensaba del antiguo discípulo de Don Bosco y casi condiscípulo de Don Rúa: Domingo Savio.

—¿Lo que yo pienso? Que es el verdadero modelo de la juventud de nuestros tiempos. El adolescente que hoy lleva su inocencia al sepulcro y durante los breves años de su vida se revela sin el menor defecto, es un verdadero santo. ¿Qué más podemos pretender?

—Y, sin embargo, Beatísimo Padre, cuando en febrero último se introdujo su Causa de Beatificación, que yo tuve el honor de defender, alguien hubo de objetarme que Savio era demasiado joven para poder ser elevado a la gloria de los altares.

—Razón de más para declararlo santo —repuso el Papa—. Es muy difícil para un jovencito subir a un grado tan alto de virtud, y Savio lo consiguió. La vida que de él ha escrito Don Bosco, y que yo he leído, me ha dejado la impresión de un joven ejemplar, que merece ser propuesta como modelo de perfección.

Hice entonces observar a S. S. la enorme simpatía que el pequeño Savio despierta, especialmente entre las juventudes. Siempre

que se habla de él, obsérvase en todos interés, emoción y entusiasmo. Añadí que, precisamente la tarde del día anterior, al evocar yo la figura de Savio en el amplio patio del Asilo del Sagrado Corazón, del Castro Pretorio, con motivo de la solemne distribución de premios a los jóvenes de aquel Instituto, había comprobado en el público la misma impresión.

Pío X, visiblemente complacido, atajóme con estas palabras, que tengo la seguridad de reproducir textualmente: «Todos los elogios que de él hayáis podido hacer, son pocos. Trabajad cuanto podáis para adelantar su Causa. Que no incurran los Salesianos en el prejuicio de otras Congregaciones Religiosas, que no han querido interesarse por la glorificación de sus miembros hasta no ver promovida la del Fundador. La figura y la obra de Don Bosco son demasiado vastas y complejas y necesitarán tal vez mucho estudio. La vida breve y sencilla de Savio no creo que requiera tanto trabajo. No hay, pues, que perder tiempo, y su Causa debe llevarse adelante con la mayor premura».

Así terminó aquel coloquio, sellado por una bendición, que me conmovió profundamente, por ir además acompañada de estas palabras, que yo recuerdo siempre con la gratitud más sincera: «Bendigo vuestros estudios, vuestra acción sacerdotal, vuestro apostolado en defensa de la verdad cristiana. Tened siempre confianza en Dios.»

Salí de aquella estancia con los ojos llenos de lágrimas.

† Cardenal Carlos Salotti.

GRACIAS ATRIBUIDAS A LA INTERCESION DE DOMINGO SAVIO

En el número anterior dimos a conocer a nuestros lectores los dos milagros que, aprobados como tales por la Iglesia, han servido para coronar felizmente el Proceso de Beatificación de Domingo Savio. En este número del BOLETIN a él dedicado, referiremos algunas de las muchas gracias atribuidas a su intercesión, recomendando a todos cuantos se hallen en alguna necesidad que acudan al nuevo Beato, en la certeza de ser escuchados por el Señor.

EN MEDIO DE TRIBUS ENEMIGAS

Habiendo salido con dos alumnos catequistas para una excursión apostólica por estas florestas del Brasil, uno de ellos, después de tres días de viaje en canoa y bajo una persistente lluvia que nos calaba hasta los huesos, comenzó a sentir los síntomas de fuerte resfriado. Luego empezaron a hinchársele las piernas. La situación no era por cierto nada halagüeña, pues carecíamos de medios y nos quedaba todavía un mes por lo menos de viaje. En semejante trance, acudimos a Domingo Savio, rezando todas las tardes un padrenuestro, avemaría y gloria, con la promesa de publicar la gracia.

Pasados dos días, el muchacho se encontraba bien y pudo continuar tranquilamente el viaje, que duró cuarenta y nueve días. ¿Quién podría tan sólo enumerar

las dificultades y peligros encontrados en tan largo viaje? El sol, terriblemente abrasador del Trópico, los frecuentes aguaceros, el tener que dormir en plena floresta... Pero nuestro Dominguito nos protegió de modo maravilloso. Teníamos que pasar entre tribus enemigas de mis dos catequistas indígenas, y con razón temíamos vernos asaltados con sus envenenadas flechas, según habían dicho sus parientes; yo, con todo, les aseguré que Domingo Savio nos protegería, y así fué, en efecto: pasamos sin que nos ocurriera nada malo. A cuantos les preguntaban cómo habían salido ileos del territorio de aquellas tribus enemigas, los muchachos contestaban invariablemente: «Todos los días nos hemos encomendado a Domingo Savio.»

ANTONIO GIACONE,

Misionero Salesiano del Río Negro (Brasil).

HALLAZGO DE UNA JOYA PERDIDA

El día de Pascua, 8 de abril de 1928, hallándose presente S. A. R. el Príncipe Humberto de Saboya, fué descubierta la monumental estatua de María Auxiliadora levantada sobre el gran edificio «Cardenal Ferrari» de Jerusalén. A la brillante ceremonia asistió con mi esposa en medio del gran concurso de público y numerosas per-

sonalidades invitadas. Al terminar el acto, regresamos a casa con el corazón embargado de las más puras emociones.

Más he aquí que una vez en nuestro hogar, hacia el atardecer, mi esposa advierte que ha perdido uno de sus pendientes, valuados en muy elevado precio. Al punto comenzamos las pesquisas a fin de recuperar la joya, al mismo tiempo que implorábamos el auxilio de todos los Santos. Sin embargo, nuestras pesquisas resultaron completamente inútiles.

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigí a la Obra «Cardenal Ferrari» y puse en conocimiento del Director lo sucedido, rogándole que hiciese buscar detenidamente por el edificio la joya extraviada. El Director interrogó uno por uno a todos los empleados, a los que yo prometí una fuerte recompensa si daban con el pendiente. Después recorrimos todas las salas y corredores por donde habíamos pasado el día anterior. Transcurrieron quince días y ya comenzaba a perder la esperanza de encontrar la joya, cuando me acordé de Domingo Savio, pues siendo tipógrafo en la imprenta de los Padres Franciscanos, había impreso una estampa de este angelical niño para el Círculo de su mismo nombre de Kaifa, junto con una breve biografía en idioma árabe, en la cual se referían algunas gracias alcanzadas por su intercesión. Entré en la iglesia, asistí a la Santa Misa en honor de Domingo Savio y le prometí que si hallaba el pendiente publicaría la gracia y enviaría una limosna para su Beatificación. Mi esperanza no resultó fallida. En efecto, a las dos de la tarde de aquel mismo día, mi cuñado Hanna Mussa, de catorce años, jugando junto a una cisterna, halló la joya en un sitio donde mi esposa jamás había puesto los pies. El niño tomó el pendiente y nos lo trajo, preguntando si tendría algún valor semejante objeto.

No creíamos a nuestros propios ojos. Examinamos bien la joya y advertimos que faltaba la mitad, pues estaba formada por dos anillos. Corrimos al lugar citado y encontramos la otra mitad. En el colmo de nuestra alegría dimos gracias a Domingo Savio por tan señalado favor. Enviamos una limosna para su beatificación con ruego de que se publique, aunque con tanto retraso, nuestro agradecimiento.

Jerusalén.

JACUB ANTON CALIS y LUCIA MUSSA

NO PERDI EL EMPLEO

Tiempo atrás, el terciario franciscano Guillermo Marchesini me había hablado de Domingo Savio, discípulo de Don Bosco, y me había recomendado rezar por su pronta Beatificación.

Mi posición, como empleado del Ayuntamiento de Florencia, atravesaba por aquellos días una crítica situación, pues se trataba de despedir a varios empleados.

Comencé a encomendarme diariamente en mis oraciones a este angelical alumno de San Juan Bosco, pi-

diéndole intercediera por mí ante el Señor, a fin de que no me viera privado de mi empleo.

Domingo Savio me escuchó. Fueron muchos los colegas que se vieron despedidos. Yo permanecí en el cargo. Mientras, con el corazón lleno de alegría, di en primer lugar gracias a Dios, sentí en seguida el deber de dar gracias también a Domingo Savio.

Florencia.

PEDRO CALORI

Secretario de la Tercera Orden de San Francisco.

UN PACTO CON DOMINGO SAVIO

Tres días llevaba padeciendo fuertes dolores de muelas. La mejilla derecha se me había hinchado hasta el punto de no poder mover la boca ni ver nada con el ojo de aquella parte. Ni siquiera líquidos podía tomar sin probar los más agudísimos dolores.

El día 27 de noviembre el mal fué en aumento y comenzó a subirme la fiebre. A las cinco de la tarde, con 38 grado, de fiebre y pensando la triste situación en que se hallarian mis superiores, recurrí a Domingo Savio, y con gran confianza me levanté de la cama y me fui a la iglesia con la comunidad. Después asistí durante dos horas al estudio, mientras el dolor iba en aumento. Sentía la certeza de que al día siguiente me hallaría sano, y así se lo dije a mis alumnos, quienes al oírme se echaron a reír.

A un Hermano que me preguntó si al día siguiente podría ensayar un número de declamación, le contesté que estuviera tranquilo que lo haría sin ninguna dificultad. Al oírme, me preguntó riendo si me tenía por profeta, y yo le respondí que había hecho un pacto con Domingo Savio.

A la hora de costumbre me acosté y al día siguiente me levanté sin el menor dolor y sin señal alguna de hinchazón. Todos se maravillaban, superiores y alumnos, y comentaban el hecho con verdadero asombro.

La curación era completa. Antes tenía que tener algunas precauciones al comer algunas cosas, dulces, por ejemplo. Han pasado diez meses y puedo comer de todo sin la menor molestia. He escrito la relación de esta gracia, pues así lo pacté con Domingo Savio. Sólo me resta dar gracias a Dios y a María Auxiliadora, que una vez más han querido glorificar a Domingo Savio.

Seminario Menor de María Auxiliadora. Módena

JOSE PASCUAL GUERINOR



El Revmo. Don Pedro Ricaldone, IV Sucesor de San Juan Bosco, en quien se personifica toda la Obra Salesiana, postrado a los pies del Sumo Pontífice Pío XII, en la solemnísima audiencia concedida por el Sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo en la tierra a los millares de peregrinos pertenecientes a la Familia espiritual de Don Bosco que acudieron a Roma para ganar el Jubileo del Año Santo y asistir a la gloriosa Beatificación de Domingo Savio, prez y corona de -a Pedagogía católica.



EL JARDIN SALESIANO

LA noche del día 6 de diciembre de 1876, Don Bosco tuvo un «sueño», uno de esos sus sueños, verdaderas visiones que el Señor le concedía para amaestrarle más y más en la ciencia de la educación cristiana de las almas juveniles.

En este sueño vió a Domingo Savio, muerto hacía ya algunos años, que venía a su encuentro capitaneando una multitud inmensa de jóvenes, todos vestidos como él con ropajes y símbolos de las virtudes practicadas en vida y de la gloria alcanzada después de la muerte.

La relación del sueño no es breve. Aquí nos importa subrayar algunas frases dichas por el Santo al referir el sueño a los alumnos del Oratorio de Valdocco.

«Domingo Savio marchaba delante de todos, y detrás de él venían numerosas escuadras guiadas cada una por un salesiano...»

«El paisaje era magnífico, maravilloso... En él se combinaban en armonioso conjunto de belleza praderas y bosquecillos. Flores de colores mil esmaltaban las colinas y tales eran, cuales no se pueden imaginar más bellas. Las hojas de los árboles eran de oro y el tronco se hallaba festoneado de perlas y diamantes...»

«Domingo me señaló la entrada de aquel amenísimo vergel y allí pude leer estas palabras: «Jardín Salesiano».

«Después el angelical niño se expresó así: —Todos esos que ves aquí han sido Salesianos o educados en tus Centros, o por lo menos recibieron tu influencia o se relacionaron contigo por haber sido educados por tus sacerdotes, clérigos y coadjutores... Cuéntalos, si puedes...»

La visión profética ha tenido el más esplendoroso cumplimiento. Tras de Don Bosco y de Domingo Savio, marchan otros muchos hijos e hijas de la Familia Salesiana en sus tres ramas: Salesianos propiamente dichos, Hijas de María Auxiliadora y Cooperadores. Todos ellos tienen sus jefes, sus figuras señeras.

Pero son sólo algunos de los muchísimos jefes de las innumerables escuadras que Don Bosco vió en el sueño.

Demos a conocer una vez más sus nombres para alabar al Señor en ellos:

Beata María Mazzarello, cofundadora, con San Juan Bosco, del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora; siervos de Dios Don Miguel Rúa y Don Felipe Rinaldi, sucesores primero y tercero respectivamente de Don Bosco; don Andrés Beltrami, Príncipe Augusto Czartorisky y don Luis Mertens, sacerdotes salesianos; Monseñor Luis Versiglia, Obispo de Shiu-Chow (China), y su compañero de martirio, el P. Calixto Caravario, asesinados por los comunistas chinos en odio a la Fe; Ceferino Nanuncurá, indio araucano de las Pampas argentinas, «el Domingo Savio de color» y la más bella flor de las Misiones Salesianas; las Siervas de Dios Sor Teresa Valsé y Sor Magdalena Morano, Hijas de María Auxiliadora, y doña Dorotea de Chopitea, dama barcelonesa, modelo acabado para los Cooperadores Salesianos.

Haga Domingo Savio, ya que él fué el mensajero de Dios para anunciar tamaña gloria a nuestro Fundador, que todos lleguemos a formar en esas filas de bienaventurados salvados por la acción o por la influencia de Don Bosco y de sus hijos.

BREVISIMA BIOGRAFIA DEL NUEVO BEATO

DOMINGO SAVIO nació el 2 de abril de 1842 en Riva de Chieri (Piamonte-Italia).

A los siete años hizo la Primera Comunión y formuló este propósito, que cumplió toda su vida: **Antes morir que pecar.**

A los doce años le recibió San Juan Bosco en su Oratorio de Turin. Domingo entendió al punto que allí se trataba principalmente del "negocio de salvar almas"; se propuso "hacerse santo" y se entregó de lleno al apostolado entre sus compañeros.

Sentía tanto la piedad y amaba tan profundamente a Jesús, que un día se quedó extasiado ante el Sagrario después de comulgar.

Valiéndose de un medio heroico **logró que hicieran las paces** dos compañeros que se odiaban a muerte y querían entablar una pelea salvaje.

Cuando le calumniaban, no se defendía, y esto por amor al prójimo y por el deseo de hacer penitencia.

En una visión profética y maravillosa **vió al Papa Pio IX avanzando con una antorcha encendida** (la Fe Católica) entre multitudes protestantes de Inglaterra.

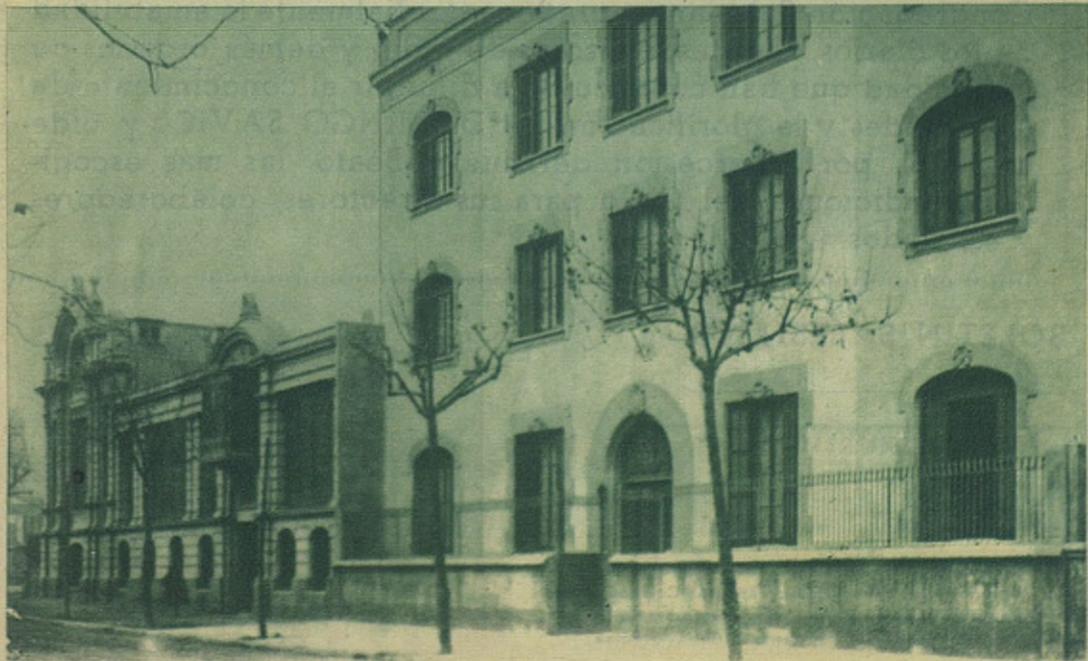
El día 9 de marzo del año 1857, a los quince de su edad, dejó esta vida mortal para volar al Cielo. Sus últimas palabras fueron: **¡Que cosas tan hermosas veo!**

El día 5 de marzo de 1950, Año Santo, es **elevado al honor de los altares y declarado Beato** por Su Santidad el Papa Pio XII.

El Siervo de Dios, el gran Pontífice de la Comunión temprana y frecuente, el Papa Pio X, dijo de Domingo Savio: **Es un verdadero modelo para la juventud de estos tiempos.**



Maria Adelantado Moragas, de Barcelona, curada milagrosamente por la intercesión de Domingo Savio. Asistió al Oratorio Festivo instalado en el Colegio de las Hijas de María Auxiliadora de la calle Sepúlveda, cuya fachada reproducimos. El milagro ha servido para la Beatificación del Siervo de Dios.





El Sumo Pontífice, Pío XII, entra en la gran Basílica de San Pedro para recibir el homenaje de los peregrinos salesianos y venerar las reliquias del nuevo Beato.

EL BOLETIN SALESIANO, en nombre del Rector Mayor de la Congregación Salesiana, agradece cordialmente la amabilidad de los diarios, revistas, emisoras de radio y demás órganos de publicidad que han contribuido a difundir el conocimiento de las virtudes y la glorificación de DOMINGO SAVIO, y pide al Señor por intercesión del nuevo Beato, las más escogidas bendiciones del Cielo para sus directores, colaboradores y asociados.

BOLETIN SALESIANO

Apartado 9 134 - MADRID

SEÑAS DEL REMITENTE

Rogamos a los señores empleados de Correos se sirvan devolver los ejemplares, cuyo destinatario no sea hallado, a las señas del remitente. Muchas gracias.